

EN MEMORIA DE GUERRA JUNQUEIRO

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo



(Para LA NACIÓN)
SALAMANCA, julio de 1923

Al morir ahora el gran poeta portugués o, mejor, ibérico, Guerra Junqueiro, mi antiguo y buen amigo, hemos tenido que soportar epítafios semejantes a los que se pone a los poetas o artistas que actuaron más o menos, en política, algo parecido a lo que se dijo al morir Carducci, el poeta civil—como si todo poeta, sólo por serlo, no lo fuese—o aquí cuando murió Pérez Galdós. Y al oír los ditirambos de esos de la "novela roja" o de la "poesía democrática" recordé lo que una vez me dijo el mismo Guerra Junqueiro refiriéndose a nuestro común amigo el famoso republicano don Nicolás Salmerón, a quien el poeta admiraba y quería; y fué así: "¿Ha conocido usted un hombre que junto a una más grande inteligencia una más absoluta incompreensión del arte? Divide los poetas en republicanos y monárquicos. Ha querido convencerme de que Quintana fué el poeta más grande, no de España, sino de Europa entera, en el primer tercio del siglo; me hizo leer su oda a la vacuna y ¡claro! quedé vacunado de Quintana. Aquello es elocuencia rimada, abogacía, pero ¿poesía?, ¡no!" Y había que oír el tono despectivo con que el poeta pronunciaba la palabra "abogacía". Y en general el cargo que hacía a la poesía castellana es su didacticismo, su tono de sermón. Porque él, Guerra Junqueiro, era un puro poeta, nada menos que todo un poeta. No era otra cosa y poeta además. No se es poeta verdadero "además". Era además lo otro que fuese.

Cuando hace poco, al saberse su muerte, uno que sabía mi larga y estrecha amistad con el gran poeta y nuestras últimas conversaciones, aquí, en Salamanca, y en Portugal, me preguntaba si fué incrédulo o creyente, le contesté: "Fué incrédulo y creyente a la vez, no alternativamente, pero como lo es un poeta y no como suele serlo un político, que es también las dos cosas. Según la inspiración, la musa, o, mejor, según la belleza de la expresión—la expresión misma—lo pidiera, escribía una oración o una blasfemia. Sus oraciones eran blasfemias y sus blasfemias eran oraciones, y no mezclado lo uno con lo otro, sino fundido. Y si usted, señor mío, no lo entiende, tanto peor para usted, pues quiere decir que carece de sentido estético y de gusto literario." ¿Sinceridad? Sí, tenía la suprema sinceridad poética.

Guerra Junqueiro era un "causer" extraordinario. ¿Conversador? Conversador propiamente, no. Era un monologista. Y si dialogaba era con Dios. Y es que necesitaba hablar, tomando a su oyente—no interlocutor—de, ¡oh amado Teófilo!, para ir limando, modelando, plasmando sus poemas. Se le ocurrían las metáforas, las antítesis, los epifonemas, las paradojas poéticas, mientras hablaba. Y tomaba una observación, una interrupción, del oyente y la transformaba. Le he oído frases poéticas que no eran sino la regeneración de otras que me había oído a mí. Y nuestra amistad nació el día mismo en que queriendo tomarme de oyente se encontró con un interlocutor y nos pusimos al nivel. Y nunca olvidaré cuando me enseñó el ejemplar que de la primera edición de mi novela "Paz en la Guerra" le había dedicado, lleno de notas con lápiz al margen y las finísimas reflexiones críticas que sobre esa obra de mi mocedad me hizo. Porque era un crítico formidable y muy seguro, sobre todo si se hacía caso omiso de ciertos excesos—mucho más inocentes que se dice—a que su cáustica mordacidad le llevaba.

Algún día he de publicar los juicios que le oí, no sólo sobre escritores portugueses contemporáneos, sino sobre los nuestros, los españoles—conocía muy bien nuestra literatura y nuestra lengua, él, que era fronterizo y con un apellido, Guerra, genuinamente español,—entre otros "Azorín", Pérez Galdós, etc. Una vez comentaba unos versos que admiraba mucho, y son aquellos de Manuel Machado en su poemita "Castilla", donde dice:

Por la terrible estepa castellana
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.
¿Qué cosas se le ocurrían repitiendo: "polvo, sudor y hierro". Esta frase poética era poética, es decir: creativa, de verdad. Sembraba nuevas frases en la fantasía del otro poeta. El, Guerra, habría preferido: "polvo, sudor y sangre", pues decía que "sangre" será la última palabra que muera en español, como en portugués será "saúde", pero era un poeta, todo un poeta, y no se le podía ocurrir la necedad de puro sentido





común artístico de que algo que un poeta creó de un modo debía haberlo creado de otro. Esta insigne tontería no se le puede ocurrir más que a un mero crítico, es decir, a un crítico no poético, no poeta, no creativo, a un... no crítico.

Para Guerra Junqueiro, como para Maragall, la forma era el fondo, la expresión, la substancia. A uno y a otro les debo las más felices observaciones sobre expresiones mías. Ni uno ni otro se dejaban desviar por consideraciones de doctrina, de moral, de ciencia o psicológicas. Su crítica era estrictamente literaria, como la que pide Saintsbury. Ni en uno ni en otro había podido prender ese criticismo cientificista cuya vanidad ramplonería no pudo encubrir ni el poderoso talento de Taine, uno de los más peligrosos maestros de críticas literaria e histórica.

Guerra Junqueiro vivía con un relativo desahogo económico; no necesitaba de la pluma para ayudarse en el sustento material. Y esto, librándole de tener que escribir para el mercado literario, le permitió no hacer abortar poemas. Apenas escribió sino poesía. No sintió la pena del que al ver un poema abortado, reducido a la prosa—más o menos literaria—de un artículo o un pequeño ensayo prosaico, se dice: "¡Ah! si no hubiese necesitado la plata que me valió y hubiese tenido tiempo de gestarlo y darlo a luz en cuerpo de poesía...!" Siempre que se trate, claro está, de materia no didáctica. Y en ésta la filosofía de Guerra Junqueiro era deplorable. Tan deplorable como la de Víctor Hugo, con quien se le ha comparado. Sólo que el poeta portugués no tuvo la necesidad de escribir una cosa como "Los Miserables". Ultimamente proyectaba escribir un libro de filosofía, a base de una química fantasmagórica, y yo le decía: "No haga usted eso, por Dios; o un poema o nada."

De los suyos, el mejor, poéticamente, ¡claro!, nos parece "Patria". Y así les parece a todos los finos espíritus portugueses, incluso a los monárquicos. Le creemos muy superior a "Los Castigos", de Víctor Hugo, obra del rencor personal de éste hacia Napoleón III. En "Patria", el rey don Carlos, el que luego suicidó Buda—estaba aquí, en Salamanca, conmigo, Guerra Junqueiro, cuando lo supimos—desaparece; es una obra profética, apocalíptica, que recuerda los acentos de Jeremías—del verdadero, no del legendario, no del de las lágrimas—y en que encontramos la confesión y el acto de contrición de todo un pueblo. Allí, el patriotismo es poético, es creativo, es creador; allí la poesía es el más alto patriotismo. Cuando aparece al final el loco, "o doido", el pueblo portugués, y llora sus glorias pasadas, y exclama:

O Dôr, filha de Deus, mãe do universo!
 y cuando aparece crucificado y en la cabecera de la cruz, dibujada con sangre, esta ironía: "Portugal, rei do Oriente!", la poesía alcanza la más alta cumbre y a la vez la más honda sima de la profecía. El final del poema, insostenible para ese bárbaro y destructor patriotismo que ha salido de la última guerra, es el triunfo del patriotismo poético o creador. Creador de patrias del espíritu. Es la culminación del poeta. Poeta, esto es: creador, no sólo de poemas, sino de almas. De almas a su vez poéticas o creativas.

Hay portugués del rebaño del sentido común que nos ha hecho a esa elevada poesía las mismas pobres objeciones que al soneto de Antonio Nobre que termina: "Qué desgraça nasser em Portugal!", o a ciertas páginas de Oliveira Martins, y nos ha sacado el cristo del pesimismo—no hay tonto a quien se le caiga de la boca, esta palabreja—sin comprender, o, mejor, sin sentir que el más alto y noble y fecundo patriotismo es el de un verdadero poeta. No de un poeta republicano o monárquico, aristócrata o demócrata, ortodoxo o heterodoxo, patriota o antipatriota, sino de un poeta sin además ni adjetivo, de un poeta sustantivo. Ni ese pobre hombre se percató de que al ponerle en la cruz a Portugal le ponía el poeta en el más alto trono, le hacía el redentor de los pueblos. Porque Guerra Junqueiro era, a su modo—un modo poético—un imperialista. ¡Las cosas que le he oído sobre la misión universal de Portugal en la historia! No, claro, recordando su Imperio ultramarino, ni siquiera volviendo a dominar en Tánger.

Y esto de Tánger me vuelve a hundir, abatiéndome de las alturas en que el recuerdo de mi querido amigo me tenía, en esta hórrida actualidad de la patriotería destructiva de nuestros trogloditas de casa.

14

14

